

Revista de la CEPAL

Director
RAUL PREBISCH

Secretario Técnico
ADOLFO GURRIERI

Secretaria Adjunta
ROSA NIELSEN



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE
SANTIAGO DE CHILE, DICIEMBRE DE 1984

SUMARIO

La absorción productiva de la fuerza de trabajo: una polémica abierta. <i>Centro de Proyecciones Económicas de la CEPAL</i>	7
Metropolización y terciarización: malformaciones estructurales en el desarrollo latinoamericano. <i>Aníbal Pinto</i>	17
Pobreza y subempleo en América Latina. <i>Alberto Couriel</i>	39
Urbanización y mercado de trabajo. <i>Joseph Ramos</i>	63
Las transformaciones sectoriales del empleo en América Latina. <i>Rubén Kaztman</i>	83
Transformación ocupacional y crisis. <i>Norberto García y Víctor Tokman</i>	103
Uso social del excedente, acumulación, distribución y empleo. <i>Armando Di Filippo</i>	117
El escenario internacional y la deuda externa de América Latina. <i>Luciano Tomassini</i>	137
La crisis financiera internacional: diagnóstico y prescripciones. <i>Martine Guerguil</i>	149
Comentarios de libros	
Jorge Daly: <i>The political economy of devaluation: the case of Perú 1975-1978</i> (Robert Devlin)	175
<i>Autoafirmación colectiva: una estrategia alternativa de desarrollo.</i> Selección de Enrique Oteiza (Marshall Wolfe)	177
Lista de publicaciones de la CEPAL	179

Metropolización y terciarización: malformaciones estructurales en el desarrollo latinoamericano

*Antibal Pinto**

Un aspecto central del desarrollo se refiere al proceso mediante el cual la penetración del progreso técnico en las actividades primarias expulsa fuerza de trabajo que, en su mayor parte, debe ser absorbida por las actividades económicas urbanas. La CEPAL le prestó atención a este aspecto desde sus primeros documentos y la interpretación de las dificultades que encuentra ese proceso ha estimulado mucha reflexión teórica e investigación empírica en esa institución.

El autor retoma el tema para subrayar en él los aspectos de sobredimensionamiento metropolitano y terciarización espuria. Tales fenómenos son expresión de una malformación estructural de nuestras economías, cuya raíz última está en la desigual distribución social de los medios productivos, del poder y del ingreso, la que moldea la estructura de la oferta, la distribución sectorial de la fuerza de trabajo y la localización espacial de la población.

Esa malformación estructural dificulta enormemente la absorción productiva de la fuerza de trabajo subempleada y desempleada, lo que se agrava por la crisis actual, el fuerte crecimiento demográfico y la exígua capacidad absorbente de la tecnología moderna. Siendo escasas las actuales posibilidades de absorción en las metrópolis, debe elevarse la capacidad de retención ocupacional de los núcleos menores y de las actividades agrarias, pero ello requiere, entre otras cosas, la redistribución de la tierra y la reasignación prioritaria de recursos, aparte de nuevas tramas urbano-rurales.

*Ex Director de la División de Desarrollo Económico de la CEPAL y actual Director de la revista *Pensamiento iberoamericano*.

Introducción

"La invasión de Lima por los hombres de provincias se inició en silencio; cuando se abrieron las carreteras tomó las formas de una invasión precipitada. Indios, mestizos y terratenientes se trasladaron a Lima y dejaron a sus pueblos más vacíos o inactivos, desangrándose. En la capital los indios y mestizos vivieron y viven una dolorosa aventura inicial; arrastrándose en la miseria de los barrios sin luz, sin agua y casi sin techo, para ir 'entrando' a la ciudad, o convirtiendo en ciudad sus amorfos barrios, a medida que se transformaban en obreros o empleados regulares." (J.M. Arguedas, 1950.) (El subrayado es nuestro.)

El gran escritor peruano hizo esta reflexión aguda y conmovedora hace más de tres décadas. Era el tiempo en que con distinta fuerza y características, comenzaba a ser más visible y problemático el fenómeno de las migraciones rurales hacia las ciudades y particularmente hacia los núcleos metropolitanos. Con el correr de los años llegó a decantarse una realidad muy diferente a la de antaño en las estructuras del empleo y la producción, en la dimensión y carácter de las grandes ciudades, en las relaciones rural-urbanas y en el ámbito agrícola.

El hilo conductor de estas notas serán las transformaciones señaladas, que sin duda han sido una de las influencias principales en la constitución y cambios del estilo de desarrollo latinoamericano.¹ En otras palabras, parece evidente que las transformaciones de las estructuras del empleo y la producción, la concentración metropolitana y las relaciones del universo agrario con el urbano, han tenido una repercusión profunda en la distribución del ingreso, el ritmo y la modalidad de crecimiento y el relacionamiento exterior.

Por otra parte, se ha adoptado una perspectiva de largo plazo que abarca las dos o tres últimas décadas, según sea el caso, dejando de lado los entrelazamientos del asunto con la realidad exterior y sobre todo con la actual crisis internacional, salvo menciones indispensables. La razón principal ha sido la necesidad de restringir un enfoque ya demasiado amplio para las posibilidades del

¹Versión resumida y corregida del documento *Transformaciones estructurales y estilos de desarrollo: anticipaciones, desvíos y opciones estratégicas* presentado por el autor a la Consulta CEPAL-FAO de Expertos sobre Estilos de Desarrollo y Políticas Agrícolas (Santiago de Chile, 7 al 11 de noviembre de 1983) con la signatura RLAT 803/1.

autor, aunque también ha obrado la creencia de que la crisis externa ha hecho recrudescer, ha puesto en evidencia, o ha planteado problemas que ya estaban presentes o gestándose en la evolución del período anterior, como es el caso, por ejemplo, de la desocupación visible o total.

También es preciso señalar las limitaciones

de cualquier reflexión general frente a las pronunciadas diferencias entre países y más aún si se centra la atención en los trazos estructurales. Así lo atestiguan los antecedentes que se muestran. Sin embargo, es difícil encontrar algún país que no haya tenido que enfrentar alguno de los problemas que se indican.

I

Previsiones y realidades en la evolución de los últimos decenios

Si se echa una ojeada al desarrollo de los últimos decenios resulta tentador cotejar algunos de sus elementos principales con las previsiones formuladas en algunos textos primicios de la CEPAL y el maestro Prebisch (CEPAL, 1950; Prebisch, 1973).

Aunque el meollo de esos análisis concierne al sistema centro-periferia y a la industrialización, están desde su origen vinculados indisolublemente con la naturaleza y consecuencias de la penetración del progreso técnico en las actividades primarias y determinados por ese proceso. Así se aprecia en el raciocinio desarrollado en la documentación citada, traída a colación en un trabajo reciente. (Pinto, 1983.) El argumento se eslabona así:

i) En el desarrollo hacia afuera "el progreso técnico sólo prende en exiguos sectores de su ingente población, pues generalmente no penetra sino allí en donde se hace necesario para producir alimentos y materias primas a bajo costo, con destino... a grandes centros industriales."

ii) "A medida que el progreso técnico se difunde y profundiza, va creándose un potencial humano que la agricultura no requiere. Se apela entonces a la industria y otras actividades para absorber productivamente esa fuerza de trabajo... conforme avanza la técnica y se requiere menos gente para obtener productos primarios, el sobrante de población activa y el incremento natural que va operándose en ésta se van empleando en las actividades industriales, los transportes y el comercio; como lógica consecuencia de la expansión de los mercados y de la especialización y diversificación de la producción... au-

menta la demanda de servicios personales y el Estado, además, a medida que extiende sus funciones, va absorbiendo una proporción creciente del incremento de este ingreso real y también de la población activa."

iii) "Mejoramiento agrícola y desenvolvimiento industrial, son, por consiguiente, dos aspectos del mismo problema de desarrollo económico... así como el desarrollo de la industria, los transportes y del comercio, lo mismo que el de los servicios, requiere la gente que ya no se necesita en la producción primaria, ésta, a su vez, no podría aumentar sin desarrollo correlativo de aquellas otras actividades" (CEPAL, 1950).

1. *La experiencia latinoamericana: afinidades y desviaciones*

¿Hasta qué punto y en qué forma la evolución latinoamericana siguió ese patrón general, inspirado en el paradigma del desarrollo capitalista europeo y en ciertos cambios y relaciones sin duda generalizables allí donde se difunde el progreso técnico?

Una primera impresión panorámica podría sugerir que —en sus trazos gruesos— los acontecimientos se aproximaron al curso previsto, en particular donde la diversificación productiva, la industrialización espontánea, intencional u obligada, y la creciente urbanización fueron creando circunstancias apropiadas para absorber la fuerza de trabajo redundante en las actividades primarias y la atrajeron con nuevas oportunidades a las ciudades. Sin embargo, con el tiempo, se fue

difumando ese proceso y su afinidad con el esquema de referencia. Ya mucho antes de la crisis actual y desde muy diversos ángulos, la crítica comenzó a poner en duda las secuencias y relaciones previstas y a denunciar irregularidades y desviaciones que conformaban otras realidades, muy diferentes y censurables. Surgen así o recrudescen preocupaciones que pasan a ser dominantes en los últimos veinte años: sobre la distribución del ingreso; la "insuficiencia dinámica" del sistema; el déficit de empleo, la marginalidad urbana y la cesantía disfrazada; la tenencia de la tierra y el problema campesino; la dependencia externa y la porfiada heterogeneidad estructural.

Para estas notas lo que interesa es que la fuerza de trabajo desplazada desde los sectores primarios y la originada en las propias metrópolis parecen haber excedido con amplitud la capacidad de asimilación productiva de los demás sectores y de los núcleos urbanos donde se han concentrado el flujo migratorio y el incremento demográfico. De este modo, al sobredimensionamiento de las ciudades principales, ha venido a asociarse el fenómeno de una terciarización espuria, sobre todo en servicios no calificados o en diversas modalidades de subempleo u ocupaciones informales. Por otro lado, las transferencias rural-urbanas de población habrían tenido escasa significación para mejorar el status económico-social de las actividades agrícolas o reducir sus desniveles de productividad respecto a los demás sectores y dentro de la propia órbita rural. En cambio, sí resalta la pérdida de importancia relativa del producto y el empleo agropecuarios, pese a carencias alimentarias y el déficit de oportunidades ocupacionales en otros ámbitos.

Analizando el patrón de relaciones urbano-rurales resultante de esas transformaciones, el economista Pedro Vuscovic, en un importante trabajo, concluía que: "...no hay hoy día —ni las hubo en el curso del desarrollo histórico del capitalismo— otras sociedades que hayan llegado a exhibir unas relaciones urbano-rurales, de campo y ciudad, como las que han llegado a darse en América Latina; de diferenciación tan pronunciada en los niveles y formas de vida, en los patrones de consumo de las poblaciones respectivas; y también, de concentración tan extrema en un solo gran centro urbano, de dimensiones despro-

porcionadas en relación con el total de las poblaciones rurales, lo que obliga a considerar no sólo la relación campo-ciudad sino también la que se da entre la gran metrópoli y los centros urbanos menores; unas metrópolis que en algunos casos alcanzan dimensiones gigantescas, incluso en comparación con los centros urbanos mayores del mundo capitalista más avanzado" (Vuscovic, 1981).

2. La expansión metropolitana

Al analizar el fenómeno de la metropolización conviene aclarar que el dejo peyorativo sólo alcanza a dos situaciones bien identificadas, que pueden o no coincidir: la de la gran urbe que se torna —en el lenguaje corriente— inmanejable, casi invivible o sencillamente ineficiente, mirada desde el ángulo de las economías de aglomeración; y la del centro principal, también voluminoso, que en vez de irradiar o compartir su progreso con su periferia, la inhibe, perjudica o simplemente la deja de lado afectando la integración y el grado deseable de homogeneidad nacionales. En otras palabras, no hay prejuicios antiurbe y ni siquiera contra los centros mayores, ya que son múltiples los beneficios que se les atribuyen, pero no cuesta imaginar puntos de quiebre en que el balance comienza a tornarse crecientemente negativo. Bastaría señalar que cualquier latinoamericano de mi generación ha sentido en carne propia la transformación de ciudades, acogedoras y atractivas hace dos o tres decenios, que ahora se presentan agobiadas por los males tan conocidos de la congestión y el deterioro metropolitanos.

Las elevadas tasas de crecimiento y la considerable porción de la población urbana arraigada en la ciudad principal son los registros más llamativos, en especial si se tiene a la vista los que indican las situaciones pertinentes en los países industrializados, sean capitalistas o socialistas (cuadro 1). Incluso en lugares donde la expansión urbana ha sido más moderada en el período 1960-1980 (como Argentina y Uruguay) o más dispersa (como Brasil o Colombia) se encuentra la concentración excesiva de un núcleo dominante o el gran tamaño de la metrópoli principal (por ejemplo São Paulo o Bogotá).

Cuadro 1
URBANIZACION

	Población urbana				% de población urbana			
	% población total		Tasas medias de crecimiento		En la ciudad más grande		En las ciudades de más de 500 000 habitantes	
	1960	1980	1960-1970	1970-1980	1960	1980	1960	1980
1. Países industriales capitalistas	68	78	1.8	1.4	18	18	48	55
2. Países industriales socialistas	49	62	2.4	1.8	9	7	23	32
3. Países de América Latina								
México	51	67	4.8	4.3	28	32	36	48
Guatemala	33	39	3.8	3.9	41	36	41	36
El Salvador	38	41	3.2	3.3	26	22
Honduras	23	36	5.4	5.5	31	33
Nicaragua	41	53	4.0	4.7	41	47	...	47
Costa Rica	37	43	4.2	3.3	67	64	...	64
Panamá	41	54	4.4	3.6	61	66	...	66
Venezuela	67	83	4.7	4.2	26	26	26	44
Colombia	48	70	5.2	3.9	17	26	28	51
Ecuador	34	45	4.4	4.2	31	29	...	51
Perú	46	67	4.9	4.2	38	39	38	44
Bolivia	24	33	3.9	4.1	47	44	...	44
Paraguay	36	39	2.9	3.8	44	44	...	44
Chile	68	80	3.1	2.3	38	44	38	44
Argentina	74	82	2.0	2.1	46	45	54	60
Uruguay	84	84	1.3	0.6	56	62	56	52
Brasil	46	68	4.8	4.1	14	16	35	52
Cuba	55	65	2.9	2.1	38	32	38	32
República Dominicana	38	51	5.6	5.4	50	54	—	54

Fuente: Banco Mundial, 1982, cuadro 20.

Refiriéndose a este aspecto, Sergio Boisier recuerda las conclusiones de una investigación del Banco Interamericano de Desarrollo sobre la situación y perspectivas de 19 ciudades de más de un millón de habitantes situadas en México, Venezuela, Perú, Chile, Argentina y Brasil. En 1950, albergaban 21.2 millones de habitantes, cifra que en 1970 llegó a 52.6 y que se supone alcanzó a 76.9 millones en 1980. El solo incremento entre 1970 y 1980 habría excedido el total de esas poblaciones hace 30 años (Boisier, 1976). Huelga señalar las diversas y asombrosas proyecciones sobre lo que debería suceder hacia el año dos mil si las tendencias registradas se mantuvieran.

Se trata, sin duda, de una realidad con antiguas raíces en nuestra región. El tiempo colonial

y la fase de crecimiento primario-exportador contribuyeron a establecer esos centros urbanos dominantes y absorbentes. Y lo propio ocurrió —a veces reforzado— con el posterior 'desarrollo hacia adentro' y basado en la industrialización. Si bien volveremos más adelante sobre otros contrastes en esta materia con el patrón de la revolución industrial europea, conviene recordar aquí que, por lo general, no fueron las 'grandes capitales políticas' los asientos de ese proceso. En una palabra, los Manchester más que los Londres fueron el *locus* principal. Y puede pensarse en Roma, París, Berlín o Madrid frente a Milán-Turín, Alsacia-Lorena, el Rhur y Barcelona-Bilbao.

Por otro lado, el arraigo en grandes núcleos metropolitanos y los ritmos tan intensos de urba-

nización que se disciernen en América Latina deben evaluarse teniendo a la vista la naturaleza y evolución de las estructuras del empleo y de la producción entre 1960 y 1980 (cuadros 2 y 3).

En cuanto a la distribución sectorial de la fuerza de trabajo, llama la atención el movimiento simultáneo, de casi igual intensidad, hacia la elevación de la ocupación relativa en servicios y la reducción en la agricultura. La expansión del sector terciario se acentúa y repite en países de muy distinto tamaño y condición, como Costa Rica y Perú, Colombia y Panamá, y en la propia Argentina, que tenía una situación de mayor equilibrio estructural en 1960. El caso de Chile tiene la particularidad de que ya en el año base era muy alta la proporción de los servicios (50%,

igual que Uruguay) y llegó al nivel excepcional de 62% en 1980.

El moderado incremento de la participación del empleo industrial refleja primordialmente la evolución de Brasil, México, Cuba y Venezuela. En otras economías, en cambio, el menor peso de la ocupación agrícola se asocia con aumentos muy reducidos de la ocupación industrial o incluso reducciones, como en Argentina y Chile. En 1980 la participación de los servicios era —para el conjunto latinoamericano— semejante a la de las economías centrales capitalistas en 1960 y en varios países de la región (Venezuela, Colombia, Chile, Argentina y Uruguay) los niveles eran iguales o superiores a los de 1980 en esas economías. Los contrastes con el grupo socialista

Cuadro 2
DISTRIBUCION SECTORIAL DE LA FUERZA DE TRABAJO
(Por cientos)^a

	Agricultura		Industria		Servicios	
	1960	1980	1960	1980	1960	1980
1. Países industriales capitalistas	18	6	38	38	44	56
2. Países industriales socialistas	41	16	31	45	28	39
3. Países de América Latina	47	31	20	24	33	45
México	55	36	20	26	25	38
Guatemala	67	55	14	21	19	24
El Salvador	65	58	17	22	21	27
Honduras	70	63	11	15	19	22
Nicaragua	62	39	16	14	22	47
Costa Rica	51	29	19	23	30	48
Panamá	51	27	14	18	35	55
Venezuela	35	18	22	27	43	55
Colombia	51	26	19	21	30	53
Ecuador	58	52	19	17	23	31
Perú	52	40	20	19	28	41
Bolivia	61	50	18	24	21	26
Paraguay	56	49	19	19	25	32
Chile	30	19	20	19	50	62
Argentina	20	13	36	28	44	59
Uruguay	21	11	29	32	50	57
Brasil	52	30	15	24	33	46
Cuba	39	23	22	31	39	46
República Dominicana	67	49	12	18	21	33

Fuente: Banco Mundial, 1982, cuadro 19.

^aEl sector de agricultura comprende las actividades agropecuarias, la silvicultura, la caza y la pesca. El sector industrial comprende la minería, la industria de manufacturas, la construcción y los servicios de electricidad, agua y gas. Todas las demás ramas de la actividad económica se incluyen en la categoría de servicios.

Cuadro 3
ESTRUCTURA DE LA PRODUCCION
(Por cientos)

	Agricultura		Industria		Servicios	
	1960	1980	1960	1980	1960	1980
1. Países industriales capitalistas	6	4	40	37	54	62
2. Países industriales socialistas ^a	21	15	62	63	17	22
3. Países de América Latina	17	11	32	38	51	51
México	16	10	29	38	55	52
Guatemala
El Salvador	32	27	19	21	49	52
Honduras	37	31	19	25	44	44
Nicaragua	24	23	21	31	55	46
Costa Rica	26	17	20	29	54	54
Panamá	23	...	21	...	56	...
Venezuela	6	6	22	47	72	47
Colombia	34	28	26	30	40	42
Ecuador	29	13	19	38	48	49
Perú	18	8	33	45	49	47
Bolivia	26	18	25	29	49	53
Paraguay
Chile	10	7	51	37	39	56
Argentina	16	...	38	...	46	...
Uruguay	19	10	28	33	53	57
Brasil	16	10	35	37	49	53
Cuba
República Dominicana	27	18	23	27	50	55

Fuente: Banco Mundial, 1982, cuadro 3.

^aDatos basados en el producto material neto.

europeo son particularmente pronunciados en lo relativo a la proporción del empleo industrial.

Se esclarece más el panorama si se atiende a los perfiles y modificaciones en la estructura sectorial del producto (cuadro 3). Aunque la participación de los servicios no se acrecienta en los años considerados, su nivel se aproxima al de las economías industriales capitalistas en 1960.² Pero más significativo es que no haya cambio en 1980 pese a que el contingente empleado en el sector subió del 33% al 45% del total (cuadro 2), lo que ha derivado en una tasa aparente muy baja de incremento de su productividad (cuadro 4). Ella habría alcanzado apenas a 1.7% frente a una tasa global del 3.7%.

²Las cifras de las economías socialistas corresponden al 'producto material neto' y no son comparables.

Cuadro 4
AMERICA LATINA: EVOLUCION DEL PRODUCTO
POR PERSONA OCUPADA, 1960-1980
(Dólares de 1980)

	1960	1980	Porcentaje incremento	Tasa de crecimiento
Total	3 287	6 764	105.8	3.7
Agricultura	1 152	2 269	97.0	3.4
Industria	4 323	11 212	159.4	5.0
Servicios	5 130	7 215	40.6	1.7

Fuente: Banco Mundial, 1982.

Es parecido el balance para el período 1950-1970 que arroja un estudio de la CEPAL sobre la evolución sectorial del producto, el empleo y la productividad en un conjunto de once países

representativos. (CEPAL, 1977.) Se concluye ahí que "los servicios crecieron en América Latina desde los inicios del proceso de industrialización a ritmos similares a los del producto global. Sin embargo, la productividad del sector creció a tasas muy bajas... Como consecuencia de esta situación, el producto de los servicios representó en América Latina más de la mitad del producto, tanto en 1950 como en 1975, pero él se generó con bajos niveles de productividad y altos porcentajes de empleo." De hecho, según esa investigación, mientras el empleo terciario crecía en 4.1% al año, su productividad se elevaba apenas en 1.1% durante ese lapso.

Una evolución tan acelerada en los servicios parece contradecirse con un hecho manifiesto y aceptado generalmente, cual es la intensa modernización técnica que ha experimentado el sector, sobre todo en los últimos veinte años. Concentrado ese avance en la informática y los sectores financieros, implicó la eliminación de empleos rutinarios y la expansión de muchos otros bien pagados y calificados por el dominio de la técnica ascendente.

Desde otro ángulo, sin embargo, parece evidente que esa modernización (cuya intensidad e indiscriminación suscitan evidentes reservas) fue de la mano con la proliferación de múltiples modalidades de ocupación o servicios informales, lo que acentuó la heterogeneidad tradicional del sector. Aquí, seguramente, se encuentra el caldo de cultivo principal de la llamada terciarización espuria, es decir, la que está más próxima a la cesantía disfrazada: el precario y pobre reparto, entre muchos, de funciones o trabajos que podrían cumplir unos pocos. Sea como fuere, esos dos movimientos dispares explican en lo principal la insatisfactoria evolución de la eficiencia en los servicios.

La comparación con las situaciones relativas al sector agrícola muestra diferencias muy visibles y sugerentes. Por de pronto se advierte la considerable reducción de su importancia en el producto y en el empleo, alrededor de una tercera parte en cada caso. Ello no alteró la significativa diferencia en el nivel de las proporciones correspondientes al empleo y al producto: 31% en el primer caso; 11% en el segundo, meritorio indicio de su baja productividad comparativa, aunque con una evolución relativamente favorable frente a la del sector de servicios. De este

modo, hacia 1980 (gráfico) muy pocos países (Colombia, Argentina y Uruguay) presentaban un equilibrio aproximado de la representación del sector en esas dos variables, lo que podría dar a entender que todavía era apreciable el sobrante de población disponible o deficiente el rendimiento que se obtenía de los recursos disponibles, disyuntiva sobre la que se volverá más adelante.

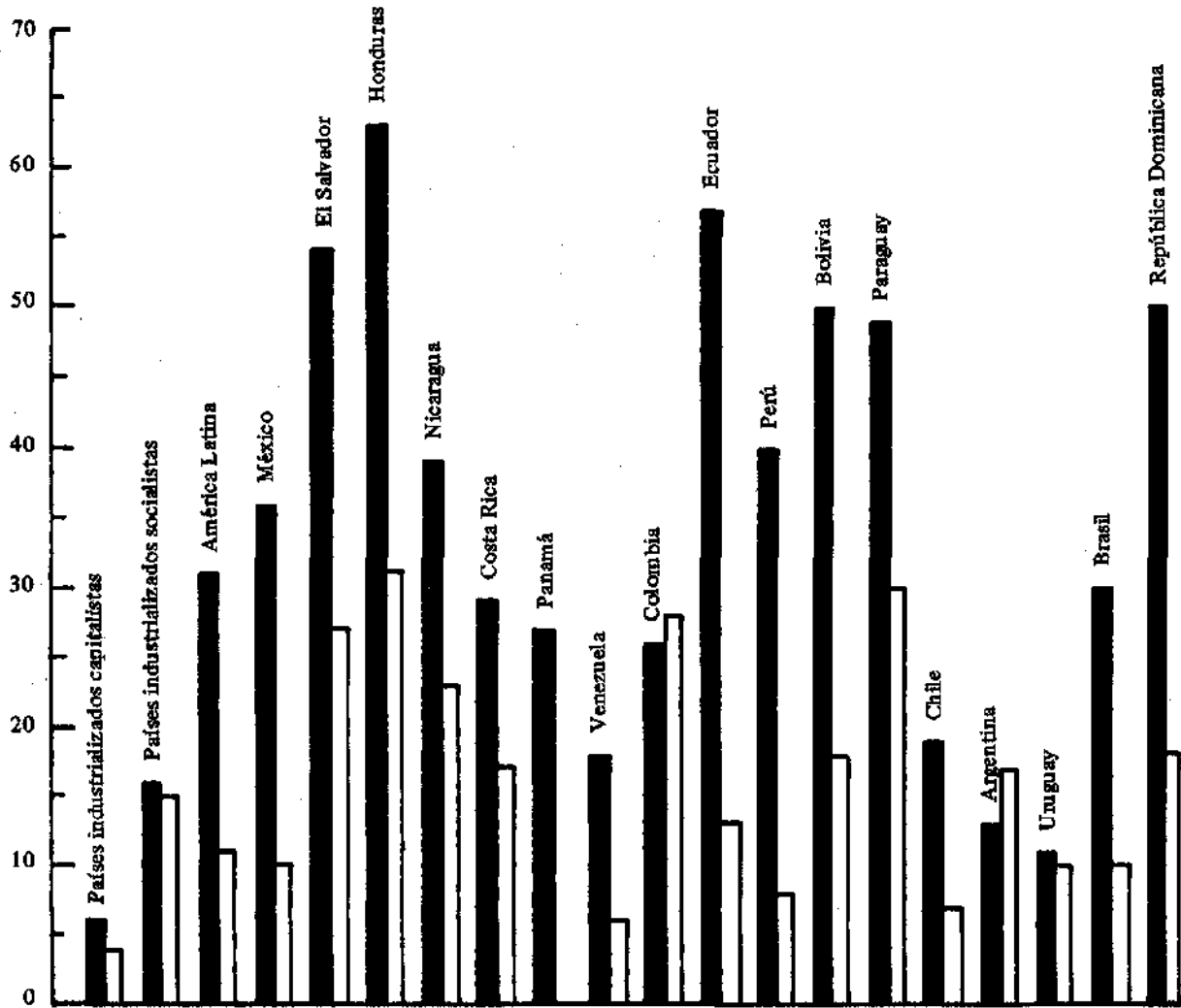
3. El examen crítico

Las inclinaciones hacia la metropolización, la terciarización y la manifiesta relegación del sector agrícola-rural a una posición declinante llaman a una revisión crítica de sus razones de ser y consecuencias. Ello es tanto más necesario cuanto que esas transformaciones se asemejan a grandes rasgos a lo acontecido en las economías industrializadas. Así, algunos contrastes podrían interpretarse como propios de un desarrollo retardado y que, a la larga, se diluirían, aproximándose al patrón de referencia. Pero no es éste el caso, porque la analogía está plagada de equívocos.

En materia de metropolización parece haber ganado consenso una consideración crítica del fenómeno, particularmente con respecto a la inconveniencia de que se mantengan o fortalezcan las tendencias del pasado, sea por crecimiento de las urbes principales, o por primacía del núcleo rector o por combinación de ambos elementos. Incluso se admite que algunos argumentos que se esgrimen con respecto a este asunto en los países industrializados pueden tener traducción más acentuada en las circunstancias latinoamericanas.³

³Gilbert (1976) señala que la situación es aún más marcada en las ciudades latinoamericanas, donde la falta de fondos fiscales, los bajos ingresos per cápita y una especulación desenfrenada en la construcción y los bienes raíces, suponen que la distribución de los costos y los beneficios es muy desigual y favorece a los grupos de más altos ingresos. En Bogotá, como en muchas otras ciudades, hay una clara división entre los barrios de altos ingresos al norte de la ciudad y los tugurios y poblaciones de precaristas en el sur y noroeste. Son superiores en el norte los servicios de vialidad, teléfonos, agua y electricidad y cuando el sector público no es capaz de proporcionar servicios apropiados, como en materia de salud y educación, estos sectores de altos ingresos los pueden organizar para sí... Las deseconomías se distribuyen en forma inequitativa.

Gráfico
EL SECTOR AGRICOLA:
SU PARTICIPACION EN EL PRODUCTO Y EN EL EMPLEO EN 1980



Fuente: Cuadro 3 y 4.

■ Empleo
□ Producto

tiva. Las peores consecuencias de la congestión del tránsito se dejan sentir en los grupos de medianos y bajos ingresos que viven entre el centro de la ciudad y los barrios más ricos del norte. Huelga señalar que argumentos como los de Gilbert son pan de cada día en cualquiera de las grandes ciudades latinoamericanas, salvo excepciones relativas, bien conocidas.

Lo que evidentemente se mantiene en debate — a pesar del loable y calificado esfuerzo de los especialistas — es lo que debe o puede hacerse con la metropolización y particularmente con los problemas de empleo que han agudizado su expansión desmesurada. Ellos se vinculan en particular con el proceso de terciarización, ya que al

sector de servicios ha acudido sobre todo la población metropolitana proveniente de su propio incremento demográfico y del ámbito rural primario. Por otra parte, dejando de lado el pequeño incremento de la participación industrial, la ampliación de los servicios es la contrapartida del descenso en la ocupación agrícola (cuadro 2).

La crítica de estas transformaciones y tendencias tiene fundamentos bien conocidos, que echan por tierra toda analogía con la experiencia o realidad de las economías industrializadas, con un trasfondo de niveles medios de ingreso y productividad que son muy distantes de los que privan en la región latinoamericana.

Como ilustración baste considerar las disparidades en el producto por persona (cuadro 5), y el hecho de que, en América Latina, el estrato que representa el 50% más pobre de la población sólo recibe menos de la tercera parte del ingreso medio.⁴ A esos niveles (menos de 700 dólares de 1980 al año), esa población debe destinar elevado porcentaje de su gasto a alimentación (alrededor de 50%) y uno muy reducido a servicios no esenciales (poco más de 10%).⁵

En cuanto a los estándares de productividad del sector agrícola, una visión aproximada de los contrastes puede deducirse de las diferencias de productividad por superficie explotada y por

Cuadro 5
PRODUCTO NACIONAL BRUTO PER CAPITA
EN DISTINTAS REGIONES
(Dólares de 1980)

	1955	1980
Todo el mundo	1 320	2 500
Europa	4 640	10 720
Estados Unidos	7 031	11 560
Japón	1 600	9 000
América Latina	875	2 000
Países de bajos ingresos*	160	260

Fuente: Banco Mundial, 1982, cuadro 3.2.

*Representaban el 47% de la población mundial de 1980.

⁴Corresponde a las estimaciones para 1970 (Pinto, 1976).

⁵Los antecedentes están referidos a Chile, pero se reconoce que representan situaciones comunes a la región, con excepción, principalmente, de los países del Plata (Filgueira, 1981).

Cuadro 6
PRODUCTIVIDAD AGRICOLA Y SUPERFICIE
POR HOMBRE OCUPADO, 1979^a

	Tierra (dólares/ha)	Mano de obra (dólares/habitante ocupado sector)
a) Países industriales		
Estados Unidos	69	13 000
Canadá	56	7 400
Francia	284	4 300
Dinamarca	409	6 600
Países Bajos	1 067	7 200
Italia	452	3 000
Japón	2 571	2 000
b) Países de América Latina		
México	51	700
El Salvador	243	400
Costa Rica	160	1 300
Venezuela	60	1 500
Colombia	102	1 600
Ecuador	114	500
Perú	23	370
Brasil	25	370
Argentina	22	3 000
Uruguay	27	3 000

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

^aProducto agropecuario a costo de factores, dividido por la superficie de cultivos más pastos permanentes en hectáreas o por la mano de obra ocupada en el sector agrícola, según corresponda, expresado en dólares norteamericanos constantes de 1963. Las cifras han sido redondeadas.

hombre ocupado en economías industrializadas y en países latinoamericanos (cuadro 6). La muy elevada productividad —sea en el uso de la tierra o en el rendimiento por persona— en el universo industrializado implica que su decreciente fuerza de trabajo está en situación de satisfacer plenamente sus propias necesidades, creando un gran excedente para atender las demandas de fuera de su ámbito.

Son esas realidades las que explican, en lo principal, los fenómenos destacados, e inducen a evaluar con recelo su reproducción —aunque sea a distancia, pero con sesgo pronunciado— en los países latinoamericanos. En cada caso, las analo-

gías resultan falaces por los dispares grados de desarrollo de las fuerzas productivas y la manifiesta insatisfacción de las necesidades básicas de un contingente apreciable de la población latinoamericana.

Esta malformación estructural que sugiere la evolución y situaciones relativas a los sectores terciario y agrícola forma parte significativa del desajuste general que afecta al estilo prevaleciente de desarrollo. La estructura productiva (o de oferta, si introducimos el comercio exterior), al estar moldeada por la desigual distribución del ingreso y otros factores coadyuvantes, se distancia considerablemente de la composición 'normal' (según las estructuras de industrialización identificadas por Hollis Chenery) que correspondería al ingreso medio y a la naturaleza y jerarquía de necesidades del grueso de la población, aun si se dejara de lado una utopía de equidistribución (Chenery, 1960). En otras palabras mientras el ingreso o la productividad media exigirían que una parte considerable (o por lo menos mayor) de los recursos humanos y materiales se dedicara a crear bienes y servicios básicos para satisfacer las urgencias dominantes y propias de tal realidad, el potencial productivo se canaliza de preferencia a la oferta de mercancías características de economías industriales (con ingresos medios superiores en cinco o más veces) o hacia una actividad de servicios desmesurada y que en gran medida representa un depósito de cesantía disfrazada (Pinto, 1973).

4. Incidencia sobre el empleo y la pobreza

Las circunstancias descritas han tenido, entre otras, una consecuencia capital, expuesta en estudios recientes del PREALC y la CEPAL acerca del problema ocupacional y la pobreza (Tokman, 1980). Sea que se recurra a las categorías de sectores formales e informales, de subempleo de la fuerza de trabajo o de líneas de pobreza, lo cierto es que —aparte la preocupante dimensión de cada problema— se advierte una tendencia a la mayor representación del núcleo urbano en cada uno de ellos. Se modifican así las categorías características de tiempos pretéritos, cuando el mundo rural-agrario era el foco central de reflexiones y denuncias, en tanto que los centros urbanos —si no se apreciaban como un paraíso al cual aspirar— al menos se presumían un purga-

torio intermediario hacia destinos de mejor fortuna y potencialidad (como insinuaba al final la cita de J. María Arguedas).

En época más reciente —y no porque se hayan superado las carencias y rezagos del ámbito rural— son las llagas urbanas las que atraen la atención. Y hay razones para ello. Como destaca Tokman (1982) "se nota con claridad una transferencia creciente de la subocupación rural hacia las áreas urbanas. Esto hace que en la actualidad el fenómeno sea mucho más visible que 30 años atrás... También aparecen... sus efectos sobre el abastecimiento de servicios básicos urbanos." El subempleo urbano se eleva del 13.6% del total en 1950 a 19.5% en 1980, en tanto que el agrícola pasa del 32.6% al 22.6%. Dado el notable incremento de la población urbana —cuya proporción se elevó del 40% al 65% entre 1950 y 1980— ello implica que las cifras absolutas son ya mayores que las del medio rural. Este último continúa padeciendo una mayor población por debajo de las líneas de pobreza, pero las proporciones y cantidades tienden a alterarse en perjuicio de los centros ciudadanos. En definitiva, hacia 1980, un 46% de los hogares pobres tenía radicación urbana, en circunstancias que en 1960 ello ocurría sólo con el tercio del total (cuadro 7).

Cuadro 7
HOGARES POBRES: PORCENTAJES URBANOS
Y RURALES DEL TOTAL NACIONAL

(Total nacional = 100)

País	1960		1980	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural
Argentina	48	52	57	43
Bolivia	16	84	29	71
Brasil	33	67	48	52
Colombia	45	55	60	40
Costa Rica	25	75	31	69
Chile	56	44	67	33
Ecuador	18	82	27	73
El Salvador	27	73	34	66
Guatemala	20	80	23	77
Honduras	14	86	27	73
México	32	68	46	54
Panamá	31	69	44	56
Perú	31	69	40	60
Uruguay	78	22	80	20
Venezuela	53	47	61	39
<i>América Latina</i>	33	67	46	54

Fuente: Cálculos del Proyecto Interinstitucional CEPAL/PNUD de Pobreza Crítica en América Latina.

Por último, habría que mencionar otro hecho sugestivo: ha decrecido "la diferencia entre el salario agrícola y los salarios de algunas actividades urbanas menos calificadas y a las cuales se incorporan habitualmente los migrantes, como las de la construcción." A la inversa, "la homogeneización en los salarios de base se combina con un aumento en la heterogeneidad registrada en los mercados urbanos... los asalariados más organizados, que trabajan en empresas de mejor productividad y tamaño han sido más exitosos en defender sus ingresos que quienes deben desempeñarse en las bases de los mercados del trabajo" (Tokman, 1982).

En resumen, hay razón para reconocer el debilitamiento progresivo de la opción urbana del pasado, y de la supuesta capacidad de asimilación por parte de las grandes ciudades de la corriente migratoria y de su propio incremento poblacional.

5. El paradigma y sus condicionantes

Conviene reiterar que la hipótesis cepalina se inspiró en el paradigma histórico del desarrollo capitalista, que tiene a Europa occidental como escenario principal. Desde ese ángulo, una demorada pero persistente transformación de la agricultura va estableciendo las condiciones para la división del trabajo social entre campo y ciudad. Esta y la revolución manufacturera-fabril que le sigue, son los elementos que promueven y asimilan el desplazamiento poblacional hacia las actividades y núcleos urbanos.

A grandes rasgos la imagen está clara. Sin embargo, la apreciación macroscópica quizá dé una imagen simplificada, demasiado lineal, del largo y accidentado proceso formativo de las economías industrializadas del viejo continente, sobre todo en un aspecto primordial para nuestro tema, cual es la absorción por las actividades urbanas de la población desalojada de la agricultura y otros sectores tradicionales.

Aquella evolución de largo plazo no puede justipreciarse sin considerar, por ejemplo, la masiva emigración europea hacia los nuevos espacios, principalmente el continente americano, que tuvo lugar desde mediados del siglo XIX (cuadro 8). Fueron casi 52 millones de personas que

tomaron esos rumbos siendo que la población total de Europa llegaba a poco más de 400 millones en la curva del siglo.⁶

Cuadro 8
MIGRACIONES EUROPEAS, 1846-1932

(Miles de personas)

Origen ^a		Destino ^b	
Europa ^c	51 696	América	51 826
Gran Bretaña	18 020	Estados Unidos	32 244
Italia	10 092	Argentina	6 405
Austria-Hungría	5 196	Canadá	5 206
Alemania	4 889	Brasil	4 431
España	4 653	Cuba (1901-32)	857
Portugal	1 805	Uruguay (1839-32)	713
Suecia	1 203		

Fuente: Carr Saunders, 1963.

^aCifras del período 1846-1932.

^bCifras del período 1821-1932.

^cPoblación europea, 1958: 423 millones (Naciones Unidas, 1958).

Sobran estudios y literatura (desde Engels hasta Dickens) que documentan sobre las condiciones sociales—incluso en el propio país líder—en ese entonces y que ciertamente no correspondían a las de un 'capitalismo con rostro humano' o a un sistema industrial-urbano que acogiera fluidamente a los contingentes humanos expulsados o atraídos por las fuerzas en curso. Evidentemente un caudal migratorio de esa magnitud debe haber resultado esencial para la viabilidad general del sistema y para obviar las profecías más pesimistas sobre su futuro próximo (Montañón, 1979). Esto, por cierto, sin ignorar otros elementos que influyeron en el mismo sentido, como la oferta abundante y barata de los proveedores de alimentos y suministros de la periferia—a la cual contribuyeron los propios emigrantes.

La historia de estas relaciones fue indudablemente distinta en los nuevos centros capitalistas, particularmente en los Estados Unidos y en los países filiales del imperio inglés, pero las circunstancias en estos espacios (relativamente) vacíos

⁶Después de este traslado internacional extraordinario, 1/11 parte de la población del mundo estaba formada por pueblos originarios de Europa que ya no vivían en ese continente (Carr Saunders, 1963).

asimismo diferían de las existentes en América Latina (A. Di Filippo, 1979).

Sea como fuere, ese testimonio europeo es antecedente útil —y poco considerado— para juzgar cabalmente la traducción del paradigma clásico en el modelo de desarrollo capitalista latinoamericano.

6. *Repaso crítico de factores explicativos*

Hasta no hace mucho tiempo, la mayoría de los análisis sobre problemas básicos, dinámica y composición del empleo se concentraba en aspectos como la carencia de oportunidades en las actividades no agrícolas o urbanas, particularmente la industria y los bajos niveles de inversión o el ritmo de crecimiento. Una serie de trabajos de PREALC ha contribuido a aquilatar esos factores con más justicia, sin negar su significación en determinadas circunstancias y casos (Tokman, 1980 y 1982; García 1982; y PREAL 1982).

Por de pronto, se ha subrayado que en el período 1950-1980, la tasa de incremento de la población activa en el universo no agrícola fue de 3.7% anual, y que la correspondiente a la industria manufacturera llegó al 3.4%. Considérese que en los países de la Comunidad Económica Europea, durante el decenio de 1960, de gran dinamismo e incluso de inmigración significativa, la ocupación industrial se expandió al 0.5% anual y la fuerza de trabajo total en un 0.2% (Pinto, 1983). Por otro lado, Norberto García recuerda que un grupo representativo de países latinoamericanos examinados registra "coeficientes de inversión bruta y tasas de crecimiento económico que los ubican al nivel o incluso por encima de lo registrado históricamente por los países hoy avanzados en el período de transición correspondiente" (García, 1982).

No se trata, pues, de deficiencias manifiestas en esos planos, por más que haya excepciones si se consideran plazos o economías determinadas. Además, ha prevalecido hasta hace poco tiempo

una inclinación a subestimar u olvidar la gravitación de otros factores, como son las tendencias demográficas y la metropolización (cuadro 1).

Según antecedentes de la CEPAL, entre 1950 y 1975 la población latinoamericana creció más rápidamente que la de cualquiera otra región. En esos 25 años se duplicó, en tanto la mundial aumentaba menos de 60% y la de los países industriales muy poco más de 30%. Ya se indicó que las tendencias latinoamericanas —salvo escasas excepciones— son extraordinariamente dinámicas en lo que toca a la fuerza de trabajo y la urbanización.

Paradójicamente, subrayar esta dimensión sólo implica atribuirle una importancia singular en el origen y en las estrategias de largo plazo. En otras palabras, puede tratarse de un elemento primordial para el planteamiento y explicación del problema, pero para resolverlo habría que mover otros determinantes en la dirección apropiada.

En verdad, aunque se prevé una disminución de la tasa de crecimiento demográfico, que llegaría a 2.4% a fines de siglo contra 3% en 1970-1975, de todos modos ello significaría un aumento de 88% en la población regional entre 1975 y el año 2000. Por otro lado, se calcula que la población en edad activa crecerá en ese plazo a una tasa anual de alrededor de 2.9%: de 170 a más de 345 millones entre esos años. De este modo, como resume un documento de la CEPAL: "Dado que la población que llegará a edades activas en los próximos quince años ya ha nacido, los cambios en la fecundidad y las políticas que se adopten para acelerar su decrecimiento no producirán efectos sino a partir de entonces... Se quiera o no, dentro de unos veinte años, dos tercios o más de la población... residirá en ciudades... El gran desafío que enfrentan... los países de la región es cómo regular el proceso de concentración urbana y metropolitana, a la vez que modificar los patrones actuales de la estructura económica y mejorar la capacidad de la fuerza de trabajo en los países" (CEPAL, 1979).

II

Algunas opciones para la reconstitución estructural

Las transformaciones y características estructurales descritas plantean incógnitas y problemas de gran magnitud y complejidad. Se tratará ahora de explorar algunas opciones que se han planteado para hacerles frente. Partiremos de la base de que una mayor equidad y bienestar dependen directa y decisivamente del acceso y colocación de la fuerza de trabajo en la estructura ocupacional y productiva y de la distribución y control de los activos existentes y sus rendimientos. Tomaremos el primer elemento como hilo conductor del análisis porque constituye el antecedente inmediato del nivel y participación en el ingreso de los medios populares.

La cuestión primordial debe situarse en el marco establecido por las anomalías que se identificaron con anterioridad, principalmente la metropolización desmedida y la terciarización espuria. En definitiva, estas circunstancias entrelazadas alimentan la heterogeneidad estructural, que se asocia y refuerza con desproporciones de igual o mayor calado en las relaciones sociales de producción (incluida la propiedad de activos) y el sistema del poder (Pinto y Di Filippo, 1974 y 1979). A la postre, el reparto del ingreso, en lo principal, resulta determinado por esas circunstancias que a la vez son reproducidas o sostenidas por la propia distribución en un juego de interacciones recíprocas y acumulativas.

Ahora bien, ¿que posibilidades u opciones se disciernen para rectificar ese círculo vicioso y convertirlo en otro de dinámica inversa, esto es que gire en el sentido de una mayor homogeneidad estructural y, por ende, distributiva?

En principio la respuesta es simple, casi perogrullesca: lo anterior dependerá en alto grado de que los estratos sociales aprisionados en el universo del sector informal, el subempleo o la terciarización ficticia, puedan elevar su nivel de productividad absoluta y sobre todo relativa (en comparación con la medida del sistema), reduciendo así la heterogeneidad en los rendimientos y la desigualdad en la distribución del ingreso.

Sin embargo, las transformaciones de las últimas décadas se han concretado en una estructu-

ra del producto y el empleo difícilmente reversible a plazo breve. Más aún, el incremento de la desocupación abierta en muchos países por efecto de la crisis internacional y factores internos, ha sumado nuevos desafíos y dificultades. Por último, distintas investigaciones sobre las tendencias y cambios probables en el futuro sugieren que los rasgos identificados continuarán pesando, aun con tasas satisfactorias de crecimiento.

Trabajos conjuntos de la División de Desarrollo y el Centro de Proyecciones de la CEPAL, por ejemplo, han planteado lo siguiente: "Tomando como base el estilo prevaleciente de crecimiento, una tasa bastante dinámica de expansión (7% anual) y antecedentes relativos a una economía parecida a la de Brasil (y por aproximación al conjunto de la región), se ha tratado de vislumbrar lo que ocurriría hasta fines de siglo en algunos aspectos básicos, entre ellos los del empleo y la distribución del ingreso, que están íntimamente relacionados. En lo que se refiere a empleo, la fuerza de trabajo desocupada o arraigada en los estratos rezagados (el primitivo y la parte inferior del intermedio)⁷, bajaría de un 53% a un 45% aproximadamente entre 1970 y fines de siglo, en tanto que su magnitud en cifras absolutas se doblaría. La composición de este grupo se modificaría sensiblemente, haciéndose más urbana que rural. Las diferencias consiguientes de productividad se acentuarían y al término del plazo, el empleo en la agricultura y los servicios tradicionales sólo registraría un cuarto del promedio nacional. Lo que el modelo revela acerca de la distribución del ingreso deriva directamente de la estructura del empleo y su evolución. Hay algún mejoramiento pero persiste el desequilibrio fundamental" (CEPAL, 1974).

Teniendo en vista esas condiciones cabría entrar al examen de algunas opciones que se han planteado. En esta primera aproximación se distinguiría entre *traslaciones horizontales* entre sectores y *desplazamientos verticales* dentro de ellos.

⁷Un universo algo mayor que el del subempleo o el sector informal.

1. Mayor absorción en las metrópolis

Algunos estudios de PREALC, particularmente los citados de V. Tokman y N. García, arrojan luces al respecto. Así, García, en el trabajo más reciente (1982), examina las posibilidades de generar más empleo en las actividades modernas, radicadas principalmente en los espacios metropolitanos, a fin de absorber el redundante en los sectores tradicionales y sobre todo en el agrícola. Tal opción podría equipararse a un replanteamiento del paradigma histórico, dinamizado por flujos de inversión transferidos desde el sector moderno-urbano, que es el que genera o controla la porción capital del excedente actual o potencial de la economía.

La consideración fundamental de aquel análisis es que se trata de un proceso extraordinariamente costoso, tanto en términos absolutos como por "la diferencia entre el mismo y el monto requerido para crear empleo (se subentiende de productividad razonable) en actividades tradicionales." Las razones que abonan tal hipótesis trascienden "el conocido concepto de diferencias en la inversión por hombre ocupado entre actividades modernas y tradicionales" e implican también "enfrentar los mayores recursos demandados por las diferencias de infraestructura productiva" y "comprometer recursos para satisfacer las diferencias de consumo per cápita entre el nivel asociado a las nuevas ocupaciones en actividades modernas y el prevaleciente en áreas rurales tradicionales." Se trataría, pues, de "reproducir todo un entorno o contexto donde se insertan los establecimientos modernos, sin el cual los aumentos de productividad no podrían concretarse con la misma intensidad." Sobresale, por último, la colocación histórica del problema: la sustancial diferencia de los niveles de productividad en las actividades agrícolas y no agrícolas en comparación con las existentes en las economías centrales en una fase similar de desarrollo. De este modo, la transferencia hacia las actividades modernas urbanas supone un esfuerzo de acumulación "más intenso y prolongado que el registrado en economías hoy avanzadas durante sus respectivos procesos de cambio en la estructura ocupacional."

Estos y otros condicionantes muestran lo improbable que puedan reanimarse los procesos de absorción en las grandes ciudades con la intensi-

dad y resultados de antaño. Esta conclusión se refuerza decisivamente si se trae de nuevo a colación que los centros metropolitanos —cual más, cual menos— tienen su propio y grave problema de 'indigestión' productiva de la corriente migratoria y de la originada en su propio seno. En general, ella excede por demás la que podría especularse como necesaria desde el ángulo de una reserva funcional de fuerza de trabajo, sea en su sentido estricto, sea como condición necesaria para controlar los movimientos de las remuneraciones, esto es, como contingente de reserva.

2. Recomposición del empleo

Desde otra perspectiva se discierne la opción de un desplazamiento vertical dentro del universo metropolitano, traducida en una circulación ascendente desde las hondonadas del subempleo (la informalidad o la franca cesantía) hacia actividades de mayor productividad, dedicadas a la creación de bienes o de servicios más o menos calificados.

Con relación al examen anterior, esa opción tendría la ventaja de que los contingentes susceptibles de ser absorbidos ya están ahí, en el medio metropolitano, sin duda en condiciones extremadamente precarias, pero con algún margen de instalaciones colectivas (servicios públicos, sistema de comercialización, etc.) que establecen parte, por lo menos, de ese entorno ciudadano que podría facilitar su acceso a otras ocupaciones más productivas y rentables.

Sin subestimar la voluminosa asignación de recursos que, de todos modos, exigiría esa evolución y las repercusiones que ello tiene para la viabilidad de otras opciones, la disyuntiva presenta limitaciones o reparos fáciles de discernir. Por de pronto, en el orden más general, podría significar un reforzamiento de las tendencias centrípetas del sistema, esto es, hacia la metropolización, acentuando por derivación las diferencias con el espacio rural agrícola y con las urbes menores. En segundo lugar, consolidaría y quizá acrecentaría la representación de los servicios, mejorando sin duda su contenido, pero sin despejar las objeciones que suscita ese fenómeno en general. Y, por último, las posibilidades de acudir a la industria como receptor preferente de la fuerza de trabajo real o potencial también presentan dificultades por superar: de un lado, la

conformación histórico-estructural de una representación relativamente baja del empleo manufacturero en la ocupación urbana,⁸ y que la creciente preocupación con respecto al medio ambiente ha llevado a evaluar negativamente la excesiva concentración de la actividad industrial en las áreas metropolitanas.

3. Potencial de empleo agrícola

Desde otro ángulo, podría cavilarse en torno a las posibilidades de que el propio sector agrícola albergue una parte más o menos apreciable de la eventual corriente migratoria hacia las urbes.

Entiéndase bien que no se trata de recolocar allí fracciones de los virtuales excedentes metropolitanos —cosa que nos parece utópica y regresiva, sobre todo en una visión de corto plazo—, sino que de comprimir en algún grado el éxodo por medio de la absorción productiva en el sector originario del mismo o en actividades relacionadas.

Esa posibilidad podría cuantificarse suponiendo que el empleo agrícola se expandiera por lo menos con el ritmo de la población rural, esto es, alrededor de 1.4% anual (CEPAL, 1978). Para el efecto es útil tener presente los ritmos de crecimiento del empleo y la productividad agrícolas en el periodo 1950-1975, que fueron de 0.8% y 2.8% anual, respectivamente. (Véase el cuadro 9 y nótese la diferencia de plazo histórico en comparación con el cuadro 4.)

Aparte el contraste en la evolución de ambas variables, conviene señalar las diferencias entre grupos de países. Es sugerente que los que eran en ese tiempo exportadores de petróleo (Vene-

⁸En uno de los más completos estudios sobre la materia, CEPAL resaltaba que "se observa en la experiencia histórica de las economías más avanzadas dos hechos característicos fundamentales: un nivel relativamente alto de la participación del empleo industrial en el total de la ocupación urbana y el carácter bastante constante de esa relación" (CEPAL, 1976, pp. 43 y ss.). En general, fluctuó alrededor del 50%, inclinándose a una baja sólo en las últimas décadas por la creciente significación de servicios relativamente calificados. En cambio, como indica ese estudio, "la experiencia latinoamericana ha sido muy diferente, tanto por lo que se refiere a los niveles de participación del empleo industrial en el total de la ocupación como respecto a la tendencia de largo plazo."

Cuadro 9
CRECIMIENTO DEL EMPLEO
Y LA PRODUCTIVIDAD AGRICOLAS
1950-1975

(Tasas anuales de expansión)

	Empleo	Productividad
1. América Latina (11 países) ^a	0.8	2.8
2. Países no exportadores de petróleo	0.7	2.9
Grupo A ^b	0.8	2.9
Grupo B ^c	0.2	3.1
3. Países exportadores de petróleo ^d	1.8	2.1

Fuente: CEPAL, 1977, cuadro 4.

^aArgentina, Brasil, México, Colombia, Chile, Panamá, Paraguay, Perú, Bolivia, Ecuador y Venezuela.

^bArgentina, Brasil y México.

^cColombia, Chile, Panamá, Paraguay y Perú.

^dBolivia, Ecuador y Venezuela.

zuela, Bolivia y Ecuador) registran mayor equilibrio en las cadencias y particularmente una tasa de incremento del empleo de 1.8% anual, lo que puede tomarse como muestra que son posibles evoluciones de ese tipo en circunstancias determinadas.

Naturalmente, ello debe conciliarse con la necesidad de sostener o acrecentar los estándares de productividad, dado el rezago del sector en este aspecto, y la incidencia del mismo sobre la heterogeneidad de la economía global y también el propio ámbito agropecuario. Sin la combinación de ambos objetivos, la mayor absorción de fuerza de trabajo en el agro agravaría esos problemas.

Por otra parte, para entrar más a fondo en la opción que se baraja, habría que descomponer la estructura global del sector en sus dos segmentos principales: el de la agricultura capitalista o modernizada y el de la agricultura campesina (Schejman, 1980; FAO, 1981). El primer elemento que interesa para este examen tiene que ver con la representación de cada uno de esos espacios en materia de empleo y la evolución experimentada en el pasado, sin olvidar que ambos encierran configuraciones muy diferentes entre países o dentro de ellos.

De los antecedentes —no siempre coincidentes por la dificultad de obtener y ordenar informaciones comparables en periodos y ámbitos representativos— parecen desprenderse algunos aspectos poco controvertidos. Uno es la elevada representación de la agricultura campesina (individual o con distintas modalidades de asociación) en el empleo del sector agropecuario, que fluctúa entre 52% para toda la región hasta porcentajes que varían entre 70% y 80% en países determinados, por ejemplo, Brasil, México, Ecuador y Panamá (Ortega, 1982, p. 87). Según una estimación reciente de PREALC, para 1980, "alrededor del 35% de la fuerza de trabajo agrícola regional estaría ocupada por la agricultura empresarial —que comprende tanto a los empresarios modernos como a los apegados a formas tradicionales de hacer agricultura— y el 65% restante a la agricultura campesina." Solamente en Argentina, Costa Rica, Chile y Uruguay la participación de la órbita empresarial excedería del 50% (López Cordovez, 1982).

Por otro lado, según PREALC, se habría registrado una tendencia a la disminución de la proporción de los estratos modernos agrícolas en la PEA global (de 22% a 12% entre 1950 y 1980), compresión mayor que la correspondiente a las actividades tradicionales (32.5% a 22.6% de la PEA total). Sobre la misma situación, otro trabajo afirma que "la expansión de la actividad capitalista en la agricultura parece haber acelerado el proceso de 'expulsión' de la fuerza de trabajo rural" (Miró y Rodríguez, 1982). Enfocando el asunto, López Cordovez suma otros elementos: "Aunque no se cuenta con una evaluación adecuada al respecto, lo que sí parece claro es que la naturaleza del empleo ha tendido a cambiar con la adopción de tecnologías que hacen uso intensivo de capital, cambio que se tradujo en una disminución del número de trabajadores contratados en forma permanente e incremento de la contratación temporal de mano de obra, la que viene de los minifundios o desde los pueblos vecinos, e incluso migrantes desde las ciudades, para ciertas labores no fácilmente mecanizables" (López Cordovez, 1982, p. 64).

¿De qué elementos dependería que esa realidad y tendencia se modificaran en el futuro en lugar de perpetuarse, como es razonable prever, si continúan vigentes las condiciones básicas de la situación?

4. Tierra y empleo

De la literatura especializada se deducen algunas cuestiones claves para una respuesta. En primer lugar —y estrechamente vinculadas— están las relativas a la desconcentración y reorganización del sistema de propiedad de la tierra y a las modalidades del progreso tecnológico. En lo que se refiere a la primera cuestión, parece claro que una condición generalmente necesaria para elevar la productividad y la retribución del trabajo campesino estriba en el incremento de su dotación de tierra. Si bien hay oportunidades en que ello puede lograrse a través de la incorporación de recursos no utilizados, el caso más corriente es que ello dependa de transferencias de la agricultura modernizada y de la tradicional. Se entra así, inevitablemente, en el antiguo debate sobre la reforma agraria, que ciertamente no intentaremos reproducir. Es un tema que ha experimentado grandes oscilaciones en el tiempo y en su contenido, desde épocas en que ha tenido papel protagónico hasta otras marcadas por el desinterés.

Los ensayos emprendidos después de la revolución mexicana (y la propia experiencia posterior allá), han dejado una estela de logros y frustraciones, en que se basan diversos y encontrados estudios. Ellos han modificado y enriquecido concepciones pretéritas, alimentando una variedad de polémicas inconclusas, que se contraponen con la aparente limpidez de las del pasado.

Sea como fuere, subsiste el consenso sobre el problema de la concentración fundiaria y su enorme trascendencia para las cuestiones que aquí interesan. En definitiva, una redistribución más equitativa del activo básico del sector agropecuario continúa perfilándose como un requisito ineludible para intensificar su aprovechamiento con una combinación más productiva de los recursos humanos y materiales, para mejorar el patrón distributivo y para ampliar las oportunidades de empleo pleno o regular en el sector agrícola.

De todos modos, esta suposición puede parecer más próxima de una declaración de principios que de una fundamentación de la misma, pero creemos que tiene respaldo suficiente en los hechos y en los análisis doctos sobre la materia —siempre, claro está, que se dé prioridad a esos

objetivos. Tal juicio, sin olvidar ni subestimar su contenido político-social (el conflicto que implican esos cambios en la estructura de poder), está asimismo condicionado por un factor menos atendido y también decisivo: que los proyectos de reforma sean capaces de responder a las especificidades de un cuadro agrario muy heterogéneo desde la perspectiva regional y, a menudo, dentro de cada país. Observando desde afuera la polémica alrededor de la materia, se llega a veces a preguntarse si, a la inversa, no ha tendido a cuajar en un modelo o arquetipo de transformación que sirve de pauta para orientaciones, críticas y consensos, aunque admita variaciones dentro del marco común, sin duda inspirados a distancia histórica por la experiencia y reflexión europeas.

En otras palabras, aun si se conviene en el imperativo de las reformas agrarias, su viabilidad social y política y su propia realización concreta estarán supeditadas a un esfuerzo creador de concepción teórica y técnica, capaz de responder en universos tan particulares y diferenciados como los de la América precolombina y el Río de la Plata, el Brasil múltiple y el entorno colombiano o chileno (Heynig, 1982).

5. *El factor tecnológico*

La naturaleza y efectos del progreso tecnológico están estrechamente asociados con la cuestión anterior. Desde hace mucho tiempo se han distinguido en esta materia dos opciones principales, que se complementan o combinan con muy distinta representación según los casos. En uno de los trabajos pioneros del Dr. Prebisch para la CEPAL (Prebisch, 1973) se definía así la disyuntiva: "Aquella dualidad de metas del progreso tecnológico... se manifiesta clara y distintamente en las inversiones agrícolas, con la particularidad de que en ellas es posible diferenciar en la práctica las inversiones según el fin perseguido. Algunas de esas inversiones se proponen aumentar la cantidad de producto por unidad de tierra y otras disminuir la cantidad de mano de obra por unidad de tierra y por unidad de producto mediante la mecanización del trabajo en sus distintas gradaciones, desde el empleo de mejores implementos hasta el uso de los equipos técnicamente más avanzados."

"...Ambas metas tienen muy distinto significado desde el punto de vista de la economía general, si bien para el empresario agrícola, tanto la economía de mano de obra como el aumento de rendimiento por hectárea son dos maneras de llegar al mismo objetivo de reducir los costos y aumentar los beneficios de explotación."

"En efecto, desde el punto de vista de la economía general el grado en que sea conveniente introducir la mecanización —con independencia de las ventajas individuales del empresario— depende... no sólo del capital disponible para adquirir el equipo y liberar gente, sino del capital disponible para absorber esa gente en la industria y otras actividades. Si se lleva la mecanización más allá de la capacidad de absorción de la gente desplazada por ella, se crea el problema de desocupación tecnológica... Con el agravante de que en la agricultura es más fácil evitarlo, puesto que en ella las inversiones son dividibles y para aumentar la producción no es necesario incurrir en economías contraproducentes de mano de obra."

Al respecto, Estevam Strauss recordaba una comparación de George Washington sobre la alternativa tecnológica que ilustra el cuadro 6. Aludiendo a los bajos rendimientos por superficie explotada en los Estados Unidos, Washington escribía: "la mira de los agricultores de nuestro país es extraer, no el mayor provecho de la tierra, que es barata, sino el máximo de la mano de obra, que es cara. En cambio, en Inglaterra, donde la tierra es cara y la mano de obra barata, el agricultor se interesa en mejorar la tierra y cultivarla al máximo" (Strauss, 1968).

La ponderación y preferencia respecto a las opciones distinguidas, aunque significativas en lo esencial, no debe inducir a pasar por alto otros elementos de la relación entre avance tecnológico o aumento de la productividad y empleo en el mundo agrícola. Uno de ellos es la incidencia del fenómeno de transnacionalización sobre el sector y particularmente sobre el área modernizada, que sin duda ha cumplido un papel significativo por su declinante absorción de fuerza de trabajo y otros aspectos primordiales (Vigorito, 1981).

Si se admite que tiene prioridad la opción de incrementar los rendimientos de la tierra y la fuerza de trabajo (antes que desalojarla) habría razón para pensar que no son despreciables las posibilidades por ese camino. Paradójicamente,

el rezago del universo agrícola en esos aspectos es uno de los fundamentos de esa presunción. Vale aquí la conocida y provocativa tesis de Trotsky respecto a los "privilegios del subdesarrollo" —en el sentido de que se dispone de un acervo acumulado para intentar quiebres o saltos tecnológicos. Ello coincide con una aguda observación de Celso Furtado hace mucho tiempo: "En muchas regiones del Brasil la mera introducción de la rueda significaría un progreso considerable. La simple apertura de un camino puede determinar un fuerte aumento en la productividad agrícola" (Furtado, 1953). Sobre agregar que ese criterio continúa siendo válido y de gran importancia para buena parte del medio agrícola regional.

Las preguntas antes planteadas también deben relacionarse con otra cuestión de apreciable significación: la existencia de un considerable potencial agropecuario por aprovechar. En un estudio de la FAO (1981) se examina con realismo la situación regional al respecto, destacando los contrastes en cuanto a países, áreas y tipos de explotación. Sentando la premisa general de "que la disponibilidad de suelos aptos no constituirá en el futuro próximo un obstáculo principal al incremento de la producción del sector", se recuerda que "los países latinoamericanos han venido utilizando alrededor de la cuarta parte de la superficie cultivable potencial de que disponen".⁹ Sin embargo, también debe tenerse en cuenta que "las tres cuartas partes de la disponibilidad potencial aún no incorporada corresponden a zonas problemáticas y a terrenos naturalmente inundados," lo que significa, por un lado, una capacidad significativamente acotada y, por otro, la exigencia de inversiones muy importantes en obras de infraestructura y mayores costos de producción.

Sea como fuere, el balance es más bien favorable, particularmente si se valoriza el potencial ya incorporado y que, según juicio experto muy generalizado, admite una intensificación consi-

derable de su aprovechamiento gracias al progreso técnico, la distribución más equilibrada de la tierra y el establecimiento de modalidades más promisorias de propiedad y gestión de ese activo básico.

Todo esto no despeja las incógnitas planteadas. Para abordarlas mejor es indispensable redefinir éstas y otras cuestiones en una aproximación más global e integrada de las opciones que se han analizado.

6. Opciones integradas: esquemas y experiencias

En verdad, la materia ha tendido a colocarse en marcos más integrados, sobrepasando los enfoques sectoriales o rural-urbanos. En esta línea sobresalen las viejas y nuevas exploraciones respecto a la distribución espacial de la actividad económica y la población.

Con relación al asunto que nos interesa —y por encima de controversias, que no faltan— predominan algunos juicios y orientaciones generales que es útil repasar. En primer lugar está la crítica de la excesiva concentración metropolitana (Almeida Andrade, 1982). Desde un ángulo estrictamente económico ella se asienta en un balance de costos y beneficios, suponiendo que hay un punto en que los primeros comienzan a sobrepasar a los segundos. Sin negar la significación del criterio, parece evidente que muchos aspectos escapan al cálculo económico o son difícilmente cuantificables, sobre todo en perspectivas de largo plazo (integración nacional, relacionamiento externo, consideraciones ambientales, etc.). Se suma a lo anterior la irradiación relativamente escasa de las concentraciones metropolitanas sobre sus periferias o *hinterland*, salvo en lo que se refiere a núcleos satélites adyacentes que, a menudo, acrecientan el problema. Se frustra así otro de los eventuales mecanismos de goteo hacia abajo, alimentándose, a la inversa, otros que transfieren recursos hacia el centro y acentúan la polarización y la heterogeneidad.¹⁰

⁹Existen distintas estimaciones sobre la materia, pero hay relativo acuerdo en la situación ventajosa de América Latina frente a otras áreas de la periferia (CEPAL, 1978). Estas disponen de alrededor de 0.68 hectáreas potencialmente cultivables por habitante, frente a un registro de 2.05 en América Latina (FAO, 1981).

¹⁰La consideración crítica de la sobremetropolización se repite en economías centrales y periféricas en el último tiempo. En China, sus elementos básicos serían: a) estricto control del tamaño de las grandes ciudades; b) desarrollo racional de los centros urbanos intermedios y, c) activa expansión de las ciudades pequeñas (Prakash Mathur, 1982).

El segundo elemento, complementario del anterior, es el acento en un sistema nacional urbano, basado en la promoción del desenvolvimiento de ciudades pequeñas e intermedias con el objeto de establecer subsistemas específicos, independientemente de las demarcaciones institucionales del territorio. En otras palabras, lejos de pensarse en una desurbanización, lo que se tiene en vista es otra modalidad de urbanización, más ramificada y menos concentrada.

Por último —y lo más importante para esta revisión— se destaca la vinculación de esos procesos con las actividades productivas que sirven de sostén de los asentamientos urbanos y, a la vez, son apoyados por éstos. Refiriéndose a estos lazos, se ha señalado que: "Es difícil subestimar la importancia que tiene la vitalidad de las pequeñas ciudades para fortalecer un fuerte sector agrícola... Ellas proveen servicios claves de mercadeo y abastecimiento a la agricultura. Muchas de las industrias (especialmente alimentaria o artesanas) y actividades comerciales de esos pueblos están ligadas —vía oferta o demanda— con la agricultura" (Richardson, 1982). Como es obvio, las posibilidades son mayores y más diversificadas si se trata de ciudades intermedias o centros regionales.

Este burdo esquema basta como primera aproximación, ya que nos interesa particularmente ilustrarlo con la experiencia de Cuba, sin duda el país latinoamericano donde ha sido aplicado y adaptado con mayor persistencia y amplitud.

7. La estrategia cubana

Bien se sabe que cualquier referencia al caso cubano tiene una fuerte carga polémica. No obstante, sin desconocer la importancia del contexto político-institucional en que germina y se ejecuta su estrategia, creemos que su diseño es muy valioso para aclarar las cuestiones examinadas, tanto más que ha asimilado creadoramente contribuciones y prácticas registradas en países de muy variado sistema político. Por otro lado, sobra recordar que la Cuba prerrevolucionaria se distinguía en la región por el acusado relieve de algunos de los problemas descritos en estas notas (metropolización, desempleo y subempleo). Ellos, por cierto, se manifiestan con características propias y en su marco histórico concreto y

particular, lo cual debe precaver respecto a paralelos simplistas con otras realidades de América Latina.

Teniendo presentes algunos trabajos sobre la materia (Segre, 1977; Pupo, Weinstein y Franco, sin fecha), podría sostenerse que la estrategia cubana ha apuntado a superar conjuntamente las dicotomías o contradicciones urbano-rurales y agroindustriales. La primera, vía la llamada "urbanización del campo"; la segunda, por medio de la industrialización agrícola, entendida, a la vez, como una profundización del progreso técnico en la agricultura y como un desarrollo fabril que se vincula lo más estrechamente posible con la producción del agro.

Roberto Segre establece las premisas básicas que orientaron el programa, encaminado a la "homogeneización del nivel de vida urbano y rural." Entre ellas sobresale la prioridad otorgada al desarrollo agropecuario en el llamado "decenio de consolidación" (1965-1975). Si bien ella desplazó de su lugar central a la industrialización a ultranza de los primeros años, ambos objetivos se enlazaron en la medida que "las nuevas industrias se basan en el procesamiento de los productos agrícolas y se sitúan dentro de las mismas áreas productivas." La segunda premisa deriva de la anterior en la medida que implica que el territorio "debe ser tratado como una trama y no en términos de polos de desarrollo; ser equipado con una 'armadura' urbana y no con núcleos urbanos aislados... En este proceso, las 100 centrales azucareras distribuidas en todo el país constituyen puntos de articulación de la trama y base esencial de la vinculación agroindustrial".¹¹ Por otro lado, la constitución de la armadura urbana "lleva aparejado el fortalecimiento de las ciudades medias, en las que se sustituye la primacía de la función terciaria... por las infraestructuras de servicios a la producción —talleres de maquinarias, industria ligera, de procesamiento, etc."

Del trabajo de Pupo y otros surge con nitidez la traducción concreta de la jerarquía y componente de la trama o armadura urbano-rural, que tiene como contrapartida las bases y relaciones

¹¹ Este papel de los centros azucareros constituye un rasgo particular de la experiencia cubana, como también lo es su utilización en función tan diferente que en el pasado.

sectoriales. De un modo esquemático se distinguen los siguientes niveles: a) la capital, que ha perdido importancia relativa, contrarrestando una tendencia a su mayor expansión en los primeros años después de la revolución; b) las trece capitales provinciales (más Manzanillo y Nipe) que han servido como puntos de apoyo para el tremendo esfuerzo inversionista dirigido hacia el interior del país. En ellas se ha emplazado "una parte considerable de las inversiones industriales... han venido tomando cuerpo esas nuevas entidades territoriales, desconocidas en la etapa prerrevolucionaria, que son las zonas industriales"; c) las ciudades intermedias, unas doce ciudades mayores de 20 000 habitantes. Junto a otros núcleos que están en desarrollo o programados, ellas deben "servir de fuente para la introducción progresiva de la industrialización en el campo"; d) los pueblos de base, "asentamientos directamente vinculados a actividades especializadas... esencialmente primarias"; y e) las comunidades rurales y cooperativas agropecuarias, formas destinadas a facilitar la concentración y especialización de la producción agrícola y pecuaria en un alto nivel técnico y organizativo de tipo industrial —en el primer caso— o a la integración de pequeños agricultores, en el segundo.

No es posible intentar aquí una evaluación de la estrategia puesta en marcha en Cuba. Como se anticipó, el objetivo tenido en vista era presentar su ambicioso y coherente diseño que, pese a todas las diferencias de contexto político-institucional y estructura material, puede servir de útil referencia para abordar los problemas planteados.

8. *Transferencia de excedentes*

Como fuere, esa experiencia, igual que otras en este campo, afortunadas o frustradas, reitera una condición elemental para su viabilidad: la transferencia de excedentes desde actividades y espacios de alta productividad relativa —el llamado sector moderno— hacia aquellos que han

quedado relegados o que se desea fortalecer. Todas las opciones pertinentes descansan sobre la posibilidad de lograr esa reasignación de recursos, elección que sobrepasa la alternativa genérica inversión-consumo e incluso las disyuntivas convencionales en materia de redistribución del ingreso; lo que está en juego es una reconstitución de las estructuras de producción, empleo y localización, que tienda a homogeneizar y no a profundizar la heterogeneidad, en múltiples dimensiones —grupos sociales, actividades productivas, relaciones urbano-rurales, distribución espacial, oportunidades de trabajo, etc.

Encuadrados en ese marco, el sector agropecuario y, en general, el mundo rural, se presentan, a la vez, como un componente clave de la situación global de heterogeneidad y padeciendo el mismo fenómeno en su propio ámbito (convivencia de una economía campesina y de un 'sector urbano' agrícola). Esta diferencia interna podría, quizá, atenuarse modificando las relaciones entre los dos segmentos (v. gr. redistribuyendo el activo tierra), pero —salvo excepciones conocidas— es difícil imaginar que podría ser superada en su contexto global sin transferencias importantes desde el sector moderno no agrícola o metropolitano. Se plantea así una realidad diferente a la que prevalecía en el pasado, al menos en las economías agroexportadoras; y ella encierra conflictos meridianos dadas las presiones de todo tipo para que los centros urbanos retengan los excedentes que generan o controlan.

Sin embargo, también podría argumentarse que —a cierto plazo— ese desarrollo resultaría beneficioso para el universo metropolitano, tanto por las potencialidades de un intercambio más activo o una mayor especialización de actividades como por su incidencia sobre corrientes migratorias que no es capaz de absorber productivamente y que implican demandas asistenciales crecientes.

De la naturaleza de las tendencias concretas en la materia, dependerá en medida decisiva el cariz futuro de las cuestiones exploradas.

Bibliografía

- Almeida Andrade, T. (1982): Descentralization from large to small and intermediate cities in a critical view. *Small cities and national development*. O.M. Prakash Mathur (comp.). Nagoya, Japón: Centro de las Naciones Unidas para el Desarrollo Regional.
- Altimir, Oscar (1981): La pobreza en América Latina. Un examen de conceptos y datos. *Revista de la CEPAL* N° 13. Santiago de Chile. Abril.
- Arguedas, J.M. (1950): *Revista mar del sur*. Lima, enero-febrero. (Texto reproducido como introducción en el libro *Yavar fiesta*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968).
- Banco Mundial (1982): *Informe sobre el desarrollo mundial 1982*. Washington D.C.
- Boisier, Sergio (1976): *Diseño de planes regionales*. Madrid: Editorial Colegio de Ingenieros.
- Carr Saunders, A.M. (1963): *World population*. Oxford University Press.
- CEPAL-PNUD (1980): *¿Se puede superar la pobreza? Realidad y perspectivas en América Latina* (E/CEPAL/G.1139). Santiago de Chile, 22 de diciembre.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina) (1950): *Estudio económico de América Latina 1949* (E/CN.12/164/Rev.1).
- _____ (1974): Diferentes modelos o estilos de desarrollo. *Boletín económico de América Latina*, vol. XIX, números 1 y 2 (N° de venta: S.75.II.9.2.).
- _____ (1976): *El proceso de industrialización en América Latina* (E/CN.12/716/Rev. 1).
- _____ (1977): *Tendencias y proyecciones a largo plazo del desarrollo económico de América Latina*. Cuadernos de la CEPAL N° 20, 3 de marzo.
- _____ (1978): *25 años en la agricultura de América Latina: rasgos principales 1950-1975*. Cuadernos de la CEPAL N° 21.
- _____ (1979): *América Latina en el umbral de los años 80* (E/CEPAL/G.1106). Santiago de Chile.
- Chenery, Hollis (1960): Patterns of industrial growth. *American economic review*, vol. I, N° 4, septiembre.
- Di Filippo, A. (1979): *Ratcos históricas de las estructuras distributivas de América Latina*. Cuadernos de la CEPAL N° 18. Santiago de Chile, 2ª ed.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) (1981): *La agricultura hacia el año 2000: problemas y opciones de América Latina*. Roma, febrero.
- Filgueira, C. (1981): Acerca del consumo en los nuevos modelos latinoamericanos. *Revista de la CEPAL* N° 15. Santiago de Chile, diciembre.
- Furtado, Celso (1953): La formación de capital y el desarrollo económico. *Trimestre económico* N° 77. México, enero-marzo.
- García, Norberto (1982): Absorción creciente con desempleo persistente. *Revista de la CEPAL* N° 18. Santiago de Chile, diciembre.
- Gilbert, Alan (1976): The arguments for very large cities reconsidered. *Urban studies* N° 13. Londres.
- Heynig, K. (1982): Principales enfoques sobre la economía campesina. *Revista de la CEPAL* N° 16, Santiago de Chile, abril.
- López Cordovez, L. (1982): Agricultura y alimentación. Evolución y transformaciones más recientes en América Latina. *Revista de la CEPAL* N° 16. Santiago de Chile, abril.
- Miró, C.A. y D. Rodríguez (1982): Capitalismo y población en el agro latinoamericano: tendencias y problemas recientes. *Revista de la CEPAL* N° 16. Santiago de Chile, abril.
- Montaño, Jorge (1979): *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. México: Siglo Veintiuno. Editores, cap. 2.
- Naciones Unidas (1978): *The future growth of world population*. Population studies N° 28 (ST/SON/Ser.A/28).
- Ortega, E. (1982): La agricultura campesina en América Latina. Situaciones y tendencias. *Revista de la CEPAL* N° 16. Santiago de Chile, abril.
- Pinto, Anibal (1973): Heterogeneidad estructural y modelo de desarrollo reciente en América Latina. *Inflación: raíces estructurales*. Lecturas N° 3. México: Fondo de Cultura económica.
- _____ (1976): Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina. *Revista de la CEPAL* N° 1. Santiago de Chile, primer semestre.
- _____ (1983): Centro-Periferia e industrialización: vigencia y cambios en el pensamiento de la CEPAL. *Trimestre económico* N° 198. México, abril-junio.
- Pinto, Anibal y A. Di Filippo (1974): Nota sobre la estrategia de la distribución y la redistribución del ingreso en América Latina. *Trimestre económico* N° 162. México, abril-junio.
- _____ (1979): Desarrollo y pobreza en América Latina: un enfoque histórico-estructural. *Trimestre económico* N° 183. México, julio-septiembre.
- Prakash Mathur, O.M. (1982): The role of small cities in national development re-examined. *Small cities and national development*. Nagoya, Japón.
- PREALC (Programa Regional de Empleo en América Latina y el Caribe) (1982): *Industria manufacturera y empleo en América Latina*. Santiago de Chile.
- Prebisch, Raúl (1973): *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*. Santiago de Chile: CEPAL. Serie conmemorativa del XXV aniversario de la CEPAL (la primera edición es de 1952).
- Pupo, C. Weinstein y X. Franco (sin fecha): La urbanización del campo. Su efecto sobre el crecimiento urbano en Cuba. *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*. Iván Restrepo (comp.), Ed. Nueva Imagen, Centro de Ecodesarrollo.
- Richardson, H.W. (1982): Policies for strengthening small cities in developing countries. *Small cities and national development*. O.M. Prakash Mathur (comp.). Nagoya, Japón.
- Schejtman, A. (1980): Economía campesina: lógica interna, articulación y persistencia. *Revista de la CEPAL* N° 11. Santiago de Chile, agosto.
- Segre, Roberto (1977): *Las estructuras ambientales de América Latina*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- Strauss, Estevam (1968): *El espacio económico y el desarrollo económico de América Latina* (CPRU-D/18). Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social.
- Tokman, V.E. (1980): Pobreza urbana y empleo: líneas de acción. *¿Se puede superar la pobreza? Realidad y perspectivas en América Latina* (E/CEPAL/G.1139). Santiago de Chile, diciembre.
- _____ (1982): Estrategias de desarrollo y empleo en los años 80. *Revista de la CEPAL* N° 17. Santiago de Chile, agosto.
- Vigorito, Raúl (1981): La transnacionalización agrícola en América Latina. *Revista economía de América Latina* N° 7. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas, segundo semestre.
- Vuscovic B., Pedro (1981): *Opciones actuales del desarrollo latinoamericano*. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas.